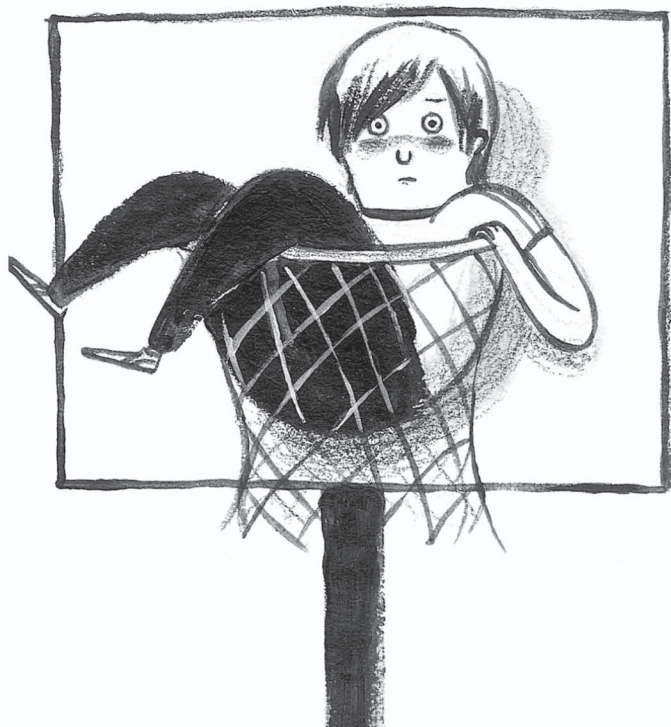


Daniel Nesquens

Ilustración de
Claudia Ranucci

marcos Mostaza
cuatro



ANAYA

Daniel Nesquens

Ilustraciones de
Claudia Ranucci

Marcos Mostaza
cuatro

ANAYA

1.ª edición: octubre 2009

© Del texto: Daniel Nesquens, 2009
© De las ilustraciones: Claudia Ranucci, 2009
© Grupo Anaya, S. A., Madrid, 2009
Juan Ignacio Luca de Tena, 15. 28027 Madrid
www.marcosmostaza.es
www.anayainfantilyjuvenil.com
e-mail: anayainfantilyjuvenil@anaya.es

Diseño: Gerardo Domínguez

ISBN: 978-84-667-8476-4
Depósito legal: M. 38955/2009
Impreso en Anzos, S. L.
La Zarzuela, 6,
Polígono industrial Cordel de la Carrera
Fuenlabrada (Madrid)
Impreso en España - Printed in Spain

Las normas ortográficas seguidas en este libro son las establecidas por la Real Academia Española en su última edición de la *Ortografía*, del año 1999.

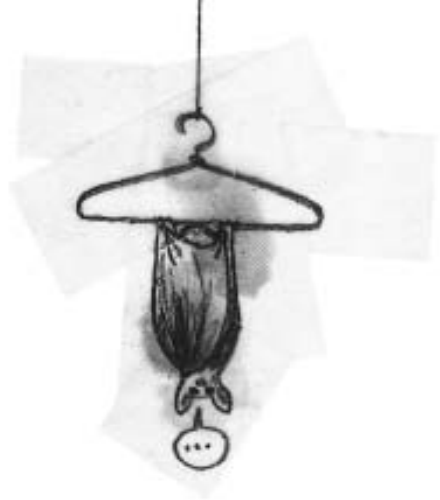
Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

Índice

1. Curioso ¿eh?	7
2. Me tenías que haber visto	13
3. Pues tienes que acordarte	19
4. Se trata de una raza muy rara	23
5. Es muy complicado escribir con los ojos cerrados	29
6. Eso no me lo creo	35
7. ¿Ayer?	41
8. Tienes razón, Wenceslao	47
9. Una pelirroja que... ..	53
10. ¿Cómo se dice «sandía» en inglés?	57
11. Luego, apagas el ordenador	61
12. No quisiera cometer ningún error.....	65
13. Lo que me faltaba	69

14. Creo que te equivocas	73
15. O trece	77
16. Sé cosas	83
17. Oigo pasos, que cuelgo	89
18. No me la puedo quitar de la cabeza	93
19. No llevo ninguna moneda	99
20. Eso no se hace	103
21. Como lo oyes	107
22. Deslumbrantemente hermosa	109

1



Curioso ¿eh?

No había nadie en casa. Quiero decir que ni estaba mi padre, ni mi madre, ni mi hermana. Estaba yo y mi abuelo. Y los muebles y los electrodomésticos y el aloe vera que crece en la maceta de barro que nos regaló tía Laura y el muñeco Buzz Lightyear que se dejó olvidado mi vecino Lenin...

Yo estaba en la cama con unas décimas de fiebre. Me dolía la garganta. Mi abuelo, sentado en el borde de la cama, con las manos en las rodillas, no dejaba de hablarme:

—¿Te he contado alguna vez que mi bisabuelo casi se hizo rico vendiendo unos polvos mágicos que acababan con las pulgas?

—Como unas treinta veces, abuelo. Se trataba del polvillo de unas flores que crecían a la orilla del

camino y que el bisabuelo dejaba secar debajo de la ventana. Casi acaba en la cárcel.

—Ya. ¿Y cuando se hizo pasar por el Gobernador de la provincia de Almería y se hartó de comer buñuelos en una lujosa fonda?

—También, como unas cincuenta veces —le contesté. Mi abuelo torció la boca. Y como si hubiese encontrado el gen responsable del sentido común, me dijo:

—Pero ¿a que no sabes por qué los murciélagos duermen boca abajo?

—¿Los murcianos? No sabía que los murcianos durmiesen boca abajo, abuelo.

—Qué murcianos ni que leches. Los murciélagos. Me refiero al único mamífero capaz de volar y ver en la oscuridad de la noche. ¿A que no sabes por qué duermen boca abajo? —insistió.

—Yo también duermo boca abajo... Mira —me di media vuelta y me hice el dormido. Incluso ronqué un poco.

—Sí, duermes boca abajo, pero no vuelas.

—Pero veo en la oscuridad de la noche.

—¿Que ves en la oscuridad? ¿Cómo es eso, Marcos?

—Enciendo la luz —le dije sin saber de dónde me salían las ganas de hacerme el gracioso.

—¡Bah! Estoy hablando completamente en serio. Los chicos de ahora no tenéis idea de nada. Ni de

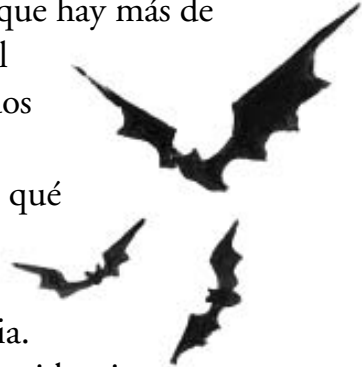
montañas más altas, ni de ríos más caudalosos, ni qué países firmaron el tratado de Utrecht... Sois unos anal-fabetos. Todo el día viendo la televisión y jugando a los videojuegos... Tendrías que saber que hay más de mil especies de murciélagos en todo el mundo, que en España están protegidos por ley, que a pesar de...

—De acuerdo, abuelo. Pero ¿por qué duermen boca abajo? —le pregunté intrigado. Mi abuelo frunció el entrecejo y adoptó una expresión seria.

—No hay una única respuesta querido nieto —dijo con voz de presentador de informativos—. Tiene que ver con la evolución de la especie. El colocarse boca abajo les posibilita acceder a lugares inalcanzables para otros predadores, también les permite estar a todos muy juntos consiguiendo cierto control de la temperatura ambiental... Estando boca abajo pueden salir del grupo en el que están durmiendo con solo destrabar los dedos y abrir las alas...

—O sea, que no es por llevar la contraria.

—Nada de eso. Ya te he dicho: tiene que ver con la evolución de la especie. Algo de lo que sabía mucho un tal Darwin. Y para que lo sepas todo: el verbo correcto es perchar. Los murciélagos perchan, Marcos. ¿Y sabías que los perros dálmatas, esos de las manchas, al nacer no tienen ni un solo lunar?



—...

—¿Y que hay una raza de perro que no ladra?

—...

—Se trata de una raza muy rara natural de la región central de África utilizada para la caza y el rastreo. No es que sean mudos, simplemente no ladran. Cuando están contentos emiten leves aullidos. Es una raza que no sabe ladrar. Curioso ¿eh?

—...

—Se llaman Basenji.

—...

—Tienen la cola enroscada sobre la espalda. Así.

—Pues sí que sabes cosas, abuelo.

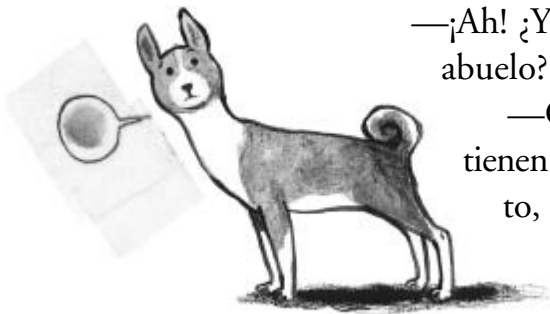
—De algo me tiene que servir pasarme tantas horas metido en la biblioteca pública. Hay unos libros estupendos. Y todos gratis. Un chollo.

—Por eso pasas tantas horas allí, ¿no?

—Por eso y porque quiero participar en uno de esos concursos de televisión de preguntas y respuestas. Me he propuesto dejaros una buena herencia.

—¡Ah! ¿Y qué sabes de tortugas, abuelo?

—Que son reptiles, que tienen un tronco ancho y corto, con un caparazón que les protege los órganos internos del cuerpo...



—Que son lentas...

—También, sí.

—¿Y que hay una especie que tiene las orejas rojas?

—Sí, claro. Y otras que tienen los labios azules.

¡Cómo sois los chicos de ahora! Todo el día viendo la televisión y jugando a...

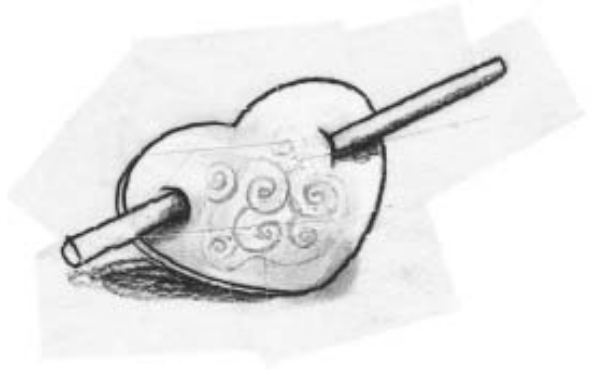
—A la PlayStation.

—¡Qué lástima! Deja que te vea la garganta, anda.

—¿Por fuera o por dentro?

—Abre la boca y no hagas el tonto, que ya veo que vas mejor.





Me tenías que haber visto

—Un poco más, Marcos —dijo mi abuelo arqueando las cejas.

—¡Aaaaaaaaaaaaaaaaaa!

—Yo no veo nada. ¿No estarás haciendo cuento para no ir a clase, Marcos?

—¡Abuelo! Si me encanta ir al colegio. Además, tengo un montón de amigos.

—¿Cómo se llama ese chico bastante moreno que te acompaña todos los días camino del cole?

—¿Hanif?

—Sí, ese. Ese nombre no es de aquí, ¿no?

—Es de Pakistán. Sus abuelos y su padre son paquistanis. Pero su padre solo vivió allí unos meses. Su familia emigró a Estados Unidos y luego a Inglaterra. Sus abuelos viven allí.

—¿Y su madre?

—No lo sé abuelo. Hanif vive solo con su padre.

De su madre no sé nada. Sé que Pakistán es un país del sur de Asia, que limita con India, Irán, Afganistán y China; que la capital es Islamabad y que mandar una carta allí cuesta 0,78 euros...



—A lo mejor está muerta —me interrumpió mi abuelo apoyando la mano

en mi hombro.

—¿Su madre?, ¿la madre de Hanif muerta? No, me parece que no. Creo que se fugó, que los abandonó cuando Hanif todavía no sabía andar.

—A mí tu abuela también me abandonó. Se marchó una tarde con sus amigas a tomar té con pastas. ¿Desde cuándo te gusta a ti el té? —le pregunté— Lo malo es que después del té, vino la pasta.

—Las pastas, querrás decir.

—No, no. La pasta. La pasta que se dejó en el bingo. No se les ocurrió otra cosa mejor a tu abuela y a su grupo de amigas que entrar en un bingo. Nada,



no cantaron ni una maldita línea. Con lo fácil que es cantar. Y luego se fueron a cenar. Yo mientras en casa, abandonado como un perro que no sabe ladrar. Sin consuelo ninguno. Con el frigorífico vacío...

—Abuelo, creo que no estamos hablando de lo mismo. No se puede comparar una cosa con la otra —pero mi abuelo no me escuchaba. A lo suyo.

—...tu abuela regresó de madrugada. La radio ya había comenzado el parte de las diez. La luna era grande y amarilla. Las tripas me rugían. Casi me desmayo. Estuvimos más de tres días sin dirigirnos la palabra... ¿Y la chica? —me preguntó de repente.

—¿Qué chica?

—Esa chica de pelo algo largo, piel clara... que a veces os acompaña por las mañanas. Esa que vive con su abuela y su tía.

—¿Lorena?

—Lorena será. Es un nombre muy bonito. Es guapa ¿eh?

—...

—A tu abuelo le puedes decir la verdad. Sabes de sobra que no diré nada de nada. ¿Es tu novia?

—¿Abuelo, que solo tengo casi diez años!

—Por eso mismo. Yo, a los diez años, ya había bailado con más de cien chicas. Me tenías que haber visto. Tenía una sonrisa que las cautivaba al momento. Se me acercaban con un brillo extraño en los



ojos. Siempre sabía lo que me iban a decir. Me acuerdo de que estaba a punto de cumplir los catorce años cuando se me acercó una chica que no sé qué demonios hacía en el pueblo. Era pelirroja y se sujetaba el pelo con un pasador... Poseía un brillo radiante en el fondo de sus ojos azules... Una cara preciosa. Y qué muslos.

—¡Abuelo!

—¡Qué tiempos aquellos! Aquella fue mi primera novia. La podría reconocer entre un millón... —mi abuelo guardó silencio unos segundos—. ¡Qué tiempos! En fin... Me gusta esa chica: Lorena. Aunque tiene nombre de región francesa. ¿Así que es tu novia?

—¡Abuelooo, Lorena no es mi tipo! —dije. Y tragué saliva: me dolió al tragar. Sentí la fiebre. Ciento y pico grados. Cerré por un momento los ojos y pensé qué estaría haciendo Lorena en ese mismo momento, en clase, sentada detrás de mi pupitre vacío, viendo mejor que nunca la nuca de mi amigo Hanif. Soltándole una de esas frases tan característica: «La cebolla es escarcha cerrada y pobre», por ejemplo. Y Hanif, de espaldas a ella, a punto de girarse, pestañeando como un tonto, sin entender nada. Llevándose un dedo a la sien... sien, *sientoun* dálmatas. ¿Cuántas manchas puede tener un perro dálmata? ¿Cómo puede ser posible que haya un perro que no ladre...?

Mi abuelo no dejaba de hablar y hablar.

—... Yo creía estar enamorado de aquella chica, Marcos. Cuando terminó el verano estaba desesperadamente seguro. No te vayas a pensar que utilizo la palabra «desesperadamente» así como así. Tu abuelo estaba más enamorado que un príncipe. La podría reconocer ahora mismo, con los ojos cerrados, entre un millón. Creo que estoy pasando una mala racha. Lo daría todo por verla de nuevo. Aquellos ojos... ¿Me oyes, Marcos? ¡Vaya, se ha quedado dormido! Estos chicos de ahora que ni se enamoran ni nada. ¡Baah!

Sus palabras cada vez eran más lentas. Un zumbido en mis oídos. Cerré los ojos, poco a poco. Me dormí. Boca abajo, como los murciélagos, o como los murcianos... zzz...

